

se había manifestado tan partidario del Imperio, había arriado banderas replegándose á su pueblo de San Luis: Lozada se había declarado neutral, exigiendo en cambio ser respetado por los beligerantes.

Desde ese momento se tuvo libre el camino de Tepic pues Lozada solia ser á veces esclavo de su palabra. Por allí venian refuerzos de Sinaloa á Jalisco, y por allí se cruzaban los correos de los republicanos.

El coronel Eulogio Parra que llegó á los pueblos de Jalisco con ménos de 400 hombres, fué saludado con entusiasmo y vió que sus filas se engrosaban no solo con tropas, sino hasta con jefes de importancia. En poco tiempo pudo tener organizados unos ochocientos hombres, teniendo á sus órdenes jefes tan bravos y tan distinguidos como Donato Guerra, Tolentino, Saavedra, Bibiano Hernandez y otros.

En fin, la República no estaba triunfante, pero contaba con mejores perspectivas. Ya no habia en lo sucesivo que combatir mas que contra el ejército mercenario extranjero que iba á quedar á las órdenes de Maximiliano y con las tropas mexicanas imperialistas. Los franceses que eran los mas temibles de todos, habian recibido órdenes para retirase: al ménos esto era lo que se sospechaba al verse el período de debilidad en que habia entrado el imperio.

Esta era, poco más ó ménos, la situacion en los últimos meses de 1866.

#### CAPITULO XXIV.

#### UN MES DE MARTIRIO.

Apenas habia entrado en el calabozo, cuando me sentí abrazado por algunas personas: no estaba solo, luego que logré acostumbrarme á aquella luz opaca, pude ver allí á Celso Ceballos y á otras personas decentes hasta el número de siete por todas.

Estos calabozos de la Penitenciaría de Guadalajara, contruidos para que los ocupe una sola persona, no pueden prestar espacio para que quepan siete, de manera que teniamos que acostarnos, casi unos sobre otros. Se permitió que entrase solo un catre, que ocupábamos por turno, durmiendo los demas en el suelo.

El haber hecho llegar nuestro número á siete, del

cual no habia de pasar, era como una gran muestra de distincion, pues en el resto de los calabozos, habia hasta quince y veinte personas reunidas, teniendo que estar encerrados la mayor parte del dia: á nosotros se nos encerraba solamente desde las cinco ó seis de la tarde hasta las ocho de la mañana del dia siguiente: en el resto del tiempo podiamos pasearnos bajo las frias bóvedas de aquella oscura y triste galeria, que formaba la cárcel comun.

Verdaderamente las ilusiones que he tenido por mi país, llegando á considerarlo un país civilizado, se me han desvanecido, siempre que he penetrado á una prision; porque en ninguna he visto, no ya sentimientos humanitarios, pero ni siquiera la compasion natural que infunde la desgracia. Parece que hay ya un instinto propio en nuestra raza, que lo hace especial para encontrar en ella feroces carceleros.

El primer dia que se pasa en una prision, es siempre el mas terrible.— En este punto hablo con experiencia, porque he estado ya preso muchísimas veces. El primer dia, digo, es mortal, tanto por las nuevas y tristes impresiones que se reciben, como porque cesa uno de tener de un modo repentino, todo aquello que forma el bienestar doméstico.

Me mandaron en ese dia á poco rato la comida de mi casa, pero no pudo entrar porque no habia orden: me mandaron un abrigo y algunas otras pequeñeces que tampoco pudieron entrar porque no habia orden. El guardian de la prision era un sargento de aspecto duro, de voz ronca y de mirada feroz. Constantemen-

te tenia en la mano un cuero retorcido con que azotaba á sus prisioneros.

Tuve comida con los amigos que estaban allí y ellos tambien me proporcionaron cama. Al dia siguiente pudo conseguirse la orden de la Comandancia para que se me permitieran las cosas que necesitara con escepcion de vino y cubiertos para la mesa, que no logré conseguir jamás. Era secretario, como antes dije, un Sr. Colina, literato por mas señas, que se constituyó en mi mala sombra. El era quien siempre se oponia á todo lo que pudiera serme favorable. Y ni me conocia ni yo le habia hecho mal alguno.

Me faltaba la impresion más desgarradora del primer dia de cárcel: la vista de la familia á través de las barras de hierro!... Todos me dijeron que habia tenido mucha suerte con haber sido reducido á prision en dia de *golpe*!

—Dia de *golpe*! exclamé yo. Y qué es eso?

—Así se llama el dia designado en los reglamentos, para que los presos vean á sus familias.

—¡Ah! dije, sin saber si alegrarme ó entristecerme, pero sintiendo un estremecimiento que recorrió todo mi cuerpo.

De repente oí la voz del llavero que dijo:

—Ese Fulano de Tal.

Ese Fulano de Tal, era yo.

Luego agregó con voz de fagot:

—Al *golpe*.

Salí corriendo de mi calabozo.

¡Justo cielo!... lo que sufrí entonces es imposible describirlo.

Detrás de aquella pesada puerta cargada de hierros, que estaba constantemente produciendo un gran ruido con los pesados cerrojos, entre los rayos de luz incierta que penetraban por los tragaluces de las bóvedas, allí mezclada con la pobre gente que iba á visitar á sus presos, estaba también mi familia: allí estaba mi dulce y buena esposa con nuestra hijita en los brazos... allí estaba mi adorada madre... allí estaba mi querida hermana... allí estaban todos... Al ver mi semblante entre las rejas, prorumpieron en llanto... ¿Cómo no habian de llorar? ¿Cómo no habia de parecerles doloroso verme confundido con los criminales?... Y en efecto, allí mismo con los presos políticos de diversas categorías, habia verdaderos saltadores de caminos, verdaderos ladrones de poblado y de despoblado, verdaderos delincuentes que tenían marcadas en la misma fisonomía las huellas del crimen.

Paso por alto los demás pormenores de aquella triste entrevista, cuyo recuerdo solo me parte el corazón. Todos los que tienen una madre, una hija, una esposa, una hermana, pueden representarse lo que pasó, sin necesidad de que yo se los diga.

El sargento López, hombre de todas las confianzas del general Gutierrez y de su secretario, era, como he dicho ántes, el alcaide de esa horrible prision. Nunca pudieron haber escogido un guardian más feroz. El día que no se le presentaba motivo para azotar cuando menos á un preso, se ponía de muy mal humor y vomitaba insolencias sin respeto á nadie, capaces de hacer ruborizar á los vagamundos más perdidos.

Nuestro sargento era grueso y de espaldas dobla-

das, más bien bajo de cuerpo que alto, llevaba espesos bigotes blanqueando ya, y una cicatriz que le cruzaba el carrillo izquierdo: sus ojos eran pardos y pequeños, por los cuales parecian salir chispas cuando estaba enojado. Su voz, que era fuerte y aguardientosa, sobresalía entre las demás cuando él hablaba, dándole un acento muy pronunciado de insolencia, por la costumbre que habia adquirido de estar reconviniendo á sus educandos.

Este terrible carcelero tenia un lado flaco, ó por lo ménos, el único que llegamos á conocerle: era padre de una niña de cinco á seis años que iba á visitarlo todas las tardes. La madre era una mujer de buen aspecto y muy compasiva. El sargento López no la dejaba venir á la prision con frecuencia para que no le obligara á hacer barbaridades... esas eran sus expresiones. Y las barbaridades consistían en recibir una visita en día que no era de golpe, ó en permitir la entrada de una botella sujeta á la correspondiente alcabala. Pues bien: aquel lado flaco, aquella niña de cinco años, me sirvió mucho para amansar á la terrible fiera! Mi hija Amalia fué simpática á aquella chiquitina, por cuyo motivo llegaron á quererla también el padre y la madre: el instinto de la niña la llevó al punto de aceptar con alegría sus caricias y de devolvérselas envueltas en algunas golosinas... Al día siguiente de hecho el primer regalo, se me permitió, pero á mí solo, que saliera á comer á la Alcaldía. Daban este nombre á un cuarto pequeño y muy súpico que ocupaban los empleados de la prision con infinidad de baratijas.

Una vez establecida la cadena de simpatías, despues de haberse entendido las dos niñas, se entendieron las dos madres y al último, y con mucho trabajo, vinieron á entenderse los padres. Esto es, el feroz sargento y yo, llegamos á ser amigos . . . si, señores lectores: yo llegué á ser influencia en aquella prision.

Yo fuí quien consiguió que el sargento López se dignara de cuando en cuando entrar en nuestro calabozo, quién lo hacia sentar sobre uno de los dos pequeños catres que despues tuvimos, quién lo hacia beber un trago de vino, del que habia logrado hacer entrar clandestinamente, y quién le arrancaba algunas palabras manteniendo con él hasta un cuarto de hora de conversacion. En los siguientes dias ya pudo entrar mi familia todas las mañanas á eso de las once, guiada por la mujer del Alcaide, y algunas veces, hasta nos permitimos el lujo de almorzar todos juntos en la Alcaidia. Entónces se cerraba la puerta y se tenia que observar otras muchas precauciones, pues quién sabe hasta dónde hubieran ido los castigos si tal cosa llegaba á saberse!

Así que tuve una poca de mas confianza al sargento López, le dije un dia en su propio cuarto en donde me estaba acompañando á comer:

—¿Sabe vd. si se me ha consignado á alguna autoridad judicial?

—No.

—Pues entónces de quién dependo?

—De la Comandancia Militar.

—Directamente?

—Sí.

—Y sabe vd. por qué delito?

—Quién sabe! me contestó sumiendo los hombros, dicen que por político.

—¿De suerte que no me formarán causa?

—Ya está vd. sentenciado.

—Yo?

—Sí.

—¿Pero á qué pena?

—No puedo decir mas.

No dejó de preocuparme aquello. ¿Quién me juzgó? ¿quién me sentenció? ¿á qué pena estaba condenado? ¿Cuando tendría término aquella prision? . . . Todas estas eran preguntas que no tenían respuesta.

Vino un dia en que demostraba el alcaide en todas sus palabras y acciones un humor pésimo. En esos casos hasta los presos más ordinarios y más endurecidos, guardaban el más profundo silencio. ¡Ay del que diera el menor pretexto para ser castigado! de seguro que se le sujetaba entre cuatro hombres fuertes, y en seguida era golpeado con el cuero retorcido que traía el sargento López en la mano, hasta que corriera la sangre.

Desgraciadamente en ese mal momento llegó mi familia.

—No sale ahora el preso, dijo el alcaide con tono brusco.

Las señoras quisieron insistir, y él se volvió á mí, y me dijo:

—Dígales vd. que se vayan, ó . . .

Como me amenazó con el terrible látigo, las señoras menos quisieron irse.

Esta escena pasaba encontrándose la familia al otro lado de la gran reja guardada por centinelas y cerrojos, y estando nosotros, el alcaide y yo en la galería de los presos: yo en la puerta del calabozo, el sargento á pocos pasos y las señoras y la niña pegadas todas á la reja.

Quién sabe que desenlace hubiera tenido esta historia que se presentaba para mí de fatal aspecto, pues que hasta mis compañeros de calabozo tuvieron que intervenir en ella, si no llega oportunamente la mujer del sargento López con su chiquilla. Entónces la mía le dió unos dulces que la llevaba y la besó, esto arrancó una lágrima al alcaide que yo solo ví, y lo que hizo fué irse de allí al otro extremo hablando insolencias entre dientes.

Cuando se hizo de noche me llamó aparte y me dijo:

—Esta mañana me echaron una *jalada* en la comandancia.

—¿Acaso fué por mi causa?

—Si Señor.

—¿Cuánto lo siento! ¿Pues qué pasó?

—Me reclamaron sobre las consideraciones que le guardo: ya saben que sale vd. fuera del golpe á comer con los de su casa en la Alcaidía....

—Pero quién se los dijo....?

—Los chismosos. Ahora me han ordenado que lo meta al *chinchero*. Por eso he tenido tan mal humor.

Llamaban el *chinchero* á una de las galerías más desabrigadas, húmeda hasta entumecerse los miembros cuando á ella se entraba, y cuyos calabozos se encontraban poblados de los mas inmundos insectos

—Quién dió esa orden bárbara? le pregunté.

—Los secretarios del General.

—Quiénes son?

—El Sr. coronel Cortázar y el Sr. Colina.

¿Quiénes eran el coronel Cortázar y el Sr. Colina? Jamás llegué á conocer á esos individuos, é ignoro hasta la fecha en que publico estas memorias, por qué deseaban causar tanto mal á un hombre que nos les habia hecho ninguno.

El carcelero agregó:

—Por eso estaba de mal humor esta mañana.

—Y qué culpa podia tener de eso mi familia? le pregunté con tristeza.

—Ninguna: solo que estaba presente un espía de la Comandancia, y por eso tuve que hacer más papel.

Aquel hombre duro, que no habia recibido más educacion que la de los campamentos, tenia mejor fondo, mejor corazon y sentimientos mas humanitarios que aquellos que lo mandaban á que fuera á atormentarnos.

¿Que mezquinos me parecieron entónces aquellos que estaban así ensañados contra un hombre indefenso!